

vagamundo  
El navegante

Qui bellas estas, con corolas anaranjadas,  
suaviza como raras navajas de afeitar, cedros  
redondos ostentosos. Partió al amanecer, cuando  
la brisa silbaba en el bauptis y las olas  
murmuraban unas de otras y un albatros chilló  
bajo el peso del cielo.

Le atrajo el mar Amarillo, dibujó sus li-  
torales y rozó sus islas, salió al mar del Japón  
y desembarcó adentró sus puertos y ensenadas.  
Pasando luego al mar de Ojotsk por un cambio  
imprevisto de los vientos.

Cuando <sup>entró</sup> en Hiroshima comenzaba a clarear.  
Los <sup>altos</sup> grandes edificios del centro de la ciudad se  
ladaban imperceptiblemente en el pálido papel  
celeste.

Aquí a Elio Adriano,  
de Pedroso divino,  
de Pilio peregrino



rodaron de marfil y no los cuernos

Ningún vestigio <sup>resta</sup> de aquell, apenas unas ruinas bien atendidas. Mas todavía algunos seguirán muriendo, se engendrarán otros con el mismo estigma.

El mar trasladó sus tiendas, esplende este mediodía ~~como una maldición entre dicots lista~~ <sup>el espejo con que juega un niño,</sup> ~~para ser~~ una página del atlas se agita un instante en la rodilla del solitario vagamundo



